

Doctorado Honoris Causa a Joan Manuel Serrat

Discurso de la
Dra. Dulce María Zúñiga Chávez
Rectora del CUCSH
05 de diciembre de 2025

Barcelona

Muy buenas tardes tengan todas y todos.

Saludo respetuosamente a las autoridades universitarias que hoy nos acompañan: a la Rectora General Karla Planter Pérez, a los distinguidos miembros del presídium, a los integrantes del Honorable Consejo General Universitario, y a todos nuestros invitados que llenan de sentido esta ceremonia.

Joan Manuel Serrat es una figura esencial en la historia de la canción de autor en catalán y español. Su trayectoria, inseparable del devenir político y cultural de la España contemporánea, encarna una de las expresiones más contundentes del arte comprometido en el ámbito iberoamericano. Su obra se inscribe en la gran tradición humanista que concibe el arte como una forma de conocimiento.

Y si, además, como hoy, tenemos que hablar de alguien como Joan Manuel Serrat, parecería atinado caracterizar esa figura como un organismo poliédrico, al que, como tal, no se le puede someter a una sola narrativa o un solo plano, sobre todo cuando la concesión del título Honoris Causa de la Universidad de Guadalajara, nos obliga a señalar la importancia de este “hijo de la mar”, “Cantalán” con “alma de marinero”. Pero también un ser anfibio, metido en “las pequeñas cosas” de los hombres y sus tierras.

Vendrán las flores

Nació en 1943, en el barrio barcelonés del Poble-sec. Crece en los años de posguerra, en una familia obrera marcada por una conciencia de diversidad cultural y de memoria republicana. Hijo de Josep, catalán y anarquista, y de Ángeles, una lúcida mujer, cantarina, originaria de Belchite, de ellos recibió una ética del trabajo, con un sentido profundo de la libertad y compromiso con la verdad.

Su carrera arranca en los 60, dentro del movimiento de la *Nova Cançó Catalana*, corriente artística que, en pleno franquismo, reivindicó la lengua y la identidad de Cataluña mediante las letras de sus canciones.

Primer plano del poliedro: cantar en catalán.

A pesar de la prohibición declarada de la dictadura a las lenguas regionales, cantar en catalán significaba un acto político, de resistencia cultural, pero, sobre todo, de imaginación estética, emblema central de esta figura heterodoxa a la que hoy la Universidad de Guadalajara reconoce como un clásico moderno. Un artista complejo que no deja de “tornasolear” en su espléndido recorrido: desde la voz resistente de la identidad y el derecho de hablar toda lengua materna, hasta una larga enumeración: compositor, cantante, músico y poeta, pero también un gran difusor no sólo de la canción, sino del poema y de la poesía en general. Es claro que desde su frontera se sentaba en aquella mesa de la época, en la que Bob Dylan y Leonard Cohen se alimentaban.

Podemos evocar uno de los episodios más recordados de su juventud en el convulso 68, cuando al representar a España en el Festival de Eurovisión optó por retirarse cuando supo que no podría interpretar la canción en su lengua materna.

El franquismo lo vetó durante años en la televisión pública, pero aquel gesto de convicción insobornable lo convirtió en símbolo de la libertad. De forma maravillosa su voz traspasó fronteras: yo misma recuerdo que

Vendrán las flores

vino al Teatro Degollado de Guadalajara en los tempranos 70s, con algunas canciones en catalán, aunque lo central de su concierto era el disco *Cantares*.

Otro doblez en el origami de cristal: dar a la España franquista y a Latinoamérica la poesía escrita en español de dos poetas fundamentales, prohibidos por el régimen: Antonio Machado y Miguel Hernández, en aquellos años prácticamente desconocidos por los lectores peninsulares, pero no por los mexicanos, gracias a los republicanos en el exilio.

Hemos dicho que a comienzos de los años setenta, sin abandonar el catalán, Serrat, da un giro al prisma al extender su repertorio al castellano, tendiendo un puente entre dos culturas y demostrando que la pluralidad lingüística no divide, sino que enriquece. Hijo de la paradoja pasa a dar a conocer en el mundo hispanohablante a dos poetas silenciados por el Franquismo. Genial.

Serrat es un artista indiscutible dentro de la cosecha de la contracultura de los años sesenta y setenta, algo que estaba pasando a nivel local y a nivel internacional, en Barcelona, Guadalajara o Maputo, Mozambique. Acabo de ser testigo de una charla con Mia Couto en Casa América de Madrid. Afirmó que empezó a escribir poesía, no gracias a poetas en lengua portuguesa o francesa, sino por el Machado y el Miguel Hernández de Serrat. Y lo mismo sucedía, me consta, con muchos poetas de esta ciudad, a quienes Ernesto Flores, maestro emérito de esta universidad, se refería a las canciones de Serrat como ejemplos impecables de respeto a la acentuación de los versos. Sus alumnos escuchaban a Serrat en clase.

Joan Manuel Serrat es, ante todo, un poeta que canta.

Convierte lo cotidiano en materia lírica y logra una poesía de gran plasticidad. Su tono puede combinar la delicadeza de un requiebro con

Vendrán las flores

un raspón de ironía, o mezclar el humor con el distanciamiento melancólico, como un desinfectante para la grandilocuencia y la sensiblería.

La música, para él, parece ser respiración, una prolongación natural del verso. Además de un sonido siempre reconocible por su calidad, una fineza y pulcritud que revela una comunión con su arreglista, imposible no mencionarlo.

Para llevar más lejos la imagen de Joan Manuel como ese “poliedro de cristal que gira en su centro”, conviene recordar su lazo republicano con México. En septiembre de 1975, estando en nuestro país, alzó la voz contra la condena a muerte de once integrantes de ETA y del FRAP, y de inmediato pasó de artista vetado a perseguido político por el franquismo.

México (la familia Taibo) lo recibió entonces con un beneplácito que rebasó a la sola comunidad española. Y él, desde entonces, guarda por nuestro país un afecto especial.

Hoy, la Universidad de Guadalajara celebra la oportunidad de sumar este nombramiento a la historia compartida entre Serrat y México.

El autor es un puente entre la literatura y la emoción popular; un pedagogo involuntario que enseñó que la poesía puede ser una experiencia compartida. Convirtió versos que parecían destinados al silencio de los libros en canciones que deberían sonar aún en plazas, escuelas y hogares de todo Iberoamérica.

Gracias, maestro Joan Manuel Serrat:

Por usted sabemos que un verso alejandrino es “un huerto claro, donde madura el limonero” y gracias a la tremenda elegía a Ramón Sijé, sabemos también que la poesía dura más que la vida.

Vendrán las flores